

Las instantáneas del recuerdo

Por Antonio Pérez Henares (texto y fotos).

El viajero se trae de vuelta un par de botas viejas, recuerdos que todavía son imágenes vivas en los ojos y algunos libros, que son el único exceso de peso que ha de tolerarse en la mochila. El viaje se va haciendo luego memoria y es la memoria la que va tamizando lo que en ella permanece y lo que será borrado por el tiempo. Es entonces cuando sobre la mesa aparecen las fotografías y el viajero rebusca entre ellas aquellas que quiere que concuerden con los momentos que ya tiene atesorados en su interior. Las va casando. Va revelando los instantes revividos y la nostalgia enriquece el camino ya recorrido.

LOS PÁJAROS DEL SAVEGRE

Bajaba desde el Cerro de la Muerte (3.423 metros) en Costa Rica encabezando junto a Jesús Luna, jefe de campamento de la Ruta Quetzal, la serpiente ondulante de la expedición que dirige Miguel de la Quadra Salcedo. Iniciamos el descenso por los fríos páramos recubiertos de endurecidos arbustos para adentrarnos en las vertiginosas laderas que conducen mil quinientos metros mas abajo a las orillas del río Savegre. El bosque primario y primigenio cerró sobre nosotros. El guía susurró que, de tarde en tarde, corta en la trocha una huella furtiva de jaguar. Pero a mí alrededor solo están los grandes árboles del bosque primario y primigenio. Tanto que algunos helechos con porte de palmeras son restos de los que en otra era alimentaron a los dinosaurios. Pero el bosque es ante todo altísimos robles costarricenses y negros de cuyas ramas cuelgan musgos dorados que infunden al paisaje un aliento fantasmagórico. Le llaman "barba española" y la imaginación se desboca hacia al pasado y hacia el paso de aquellos guerreros cubiertos de hierro y armados de espada que lo atravesaron.

Pero es el quetzal lo que busco y no logro ni siquiera entrever. El pájaro sagrado de los incas, el "ave rica de los españoles" con su plumaje irisado y sus largas plumas verdes de la cola como finas banderolas de seda se resiste a dejarse ver. En los troncos muertos están los redondos agujeros de sus nido. Pero habré de esperar en las orillas del Savegre, oculto cerca de los aguacatillos de que se alimentan, a que venga a mí. Y viene. Esta ahí, entre el ramaje, inmóvil y luego se va como un arco iris alado y fugaz y se pierde en la selva. Pero me ha dejado ya su imagen.

El atardecer me trae y me deja también preciosas gemas multicolores que se ciernen en el aire y maniobran con endiablada rapidez y en todas las direcciones entre las flores y el ramaje.

Son los colibríes. Liban el último néctar antes del frío y la oscuridad de la noche. Uno que se para en una gran campánula blanca y me ofrece, posado, su belleza.



LAS NIEBLAS DEL POAS Y LAS NUBES DE CAHUITA

He subido hasta el volcán Poas y la niebla me lo niega. Cubre toda la caldera y tan solo lo presiento abajo tras la espesa capa de fluidos gaseosos que lo oculta. Es un largo tiempo de mirar al cielo y de implorar al sol. Hay rendición en la bajada cuando me llega el grito de aviso y al mirar hacia lo alto, el viento trae azules y despeja grises. Retorno a la senda y al asomarme, en medio de la desolación de la tierra torturada y humeante, se aparece el cráter de otro azul pálido y verdoso que anuncia muertes y sulfuros. No vuela un pájaro. Las nieblas siguen perseverando, acechando un nuevo giro del viento y con otra repentina

embestida cierran de nuevo la cortina y el Poas vuelve a quedar oculto en el abismo.

Son otro día las nubes que llegan desde un mar apagado, plumizo y triste. Por muy Caribe que sea necesita el sol que le saque los colores. El avance por la playa lo presiden la tormenta y el oleaje aunque desactivado en buena parte en los rompientes del arrecife coralino que espúmea mar adentro, lame las palmeras y alcanza las botas que buscan el camino fácil por la arena vecina al bosque. Es Cahuita y en la punta sólo suena el océano. Al volver, empapado, una cabeza casi podrida de marrajo mantiene aun el rictus malvado del tiburón que fue esta vez presa.





**EL CAMPAMENTO DE VALLE
 ESCONDIDO**

El cobertizo esta en el centro del lago cuajado de nenúfares, unido a la orilla por una pasarela de madera. Tres hamacas cuelgan de sus paredes. Circundan el agua las tiendas de la Ruta Quetzal que se despide de Costa Rica y sus selvas. Estamos rodeados de montañas. Hay vapores húmedos que el bosque destila mezclándose con las nubes y las nieblas. Los zopilotes pespuntean de negro el horizonte. Son estos bosques la riqueza que el país quiere preservar. La palabra Biodiversidad es la más repetida en la nación entera. Este es el verdadero El Dorado. Una veta que si sabe conservarse no tiene porque agotarse nunca pero que puede destruirse en apenas un soplo de tiempo. La decisión esta en los hombres.

orillas con los flamencos que pasean por la superficie someramente anegada. Ganado caballar y vacuno deja correr entre sus patas garcetas blancas y nerviosos correlimos.

He caminado por las dunas y contemplado a los pinos de los corrales que morirán inexorablemente asfixiados por el avance de las arenas. Luego que pase medio siglo y la duna se aleje volverán a resurgir sus pimpollos. Pero hoy, esta noche, la inmediatez de la luna llena nos ha amparado en el camino por la larga playa. De Matalascañas hasta la desembocadura del Guadalquivir, treinta kilómetros con la ayuda de la marea baja que nos permite el paso por la arena firme. Y sale la luna con la fuerza de un sol en la amanecida y nos alumbró el camino hasta mucho mas allá de la media noche en la que se hace alto y sobre la arena seca se extiende el saco de dormir y el campamento vivaquea.

Viene el amanecer y ahora el verdadero sol ilumina las olas pero la luna se resiste a marchar y aun persevera junto a la estrella en el cielo. Deberá subir el astro rey en el firmamento para acabar por apagarla pero aun la presentimos cuando damos vista a Sanlúcar y al río que se derrama sobre el mar.



**AMANECER CON LUNA SOBRE LAS
 DUNAS DE DOÑANA**

Estamos en España. Han sido cuatro días en el verano reseco de Doñana.

La marisma es un desierto atravesado por vacas fantasmales. Solo allá donde el Parque Nacional besa la ermita del Rocío persevera el agua y se amadrinan las cigüeñas de las

**SERRANÍAS DE GRAZALEMA Y DE
 RONDA**

Los pinsapos tiñen de verde vibrante toda la sierra de Grazalema. Hoy el cielo es de azul intenso pero aquí llegan mas nubes que a Santiago de Compostela y de ello da prueba su bosque y sus ríos que zigzaguean riéndose entre pinos e higueras, entre el Mediterráneo y un toque atlántico y fresco que deja perplejos a los sentidos.

La serranía de Ronda los apacigua. Es sur sin paliativos y la ciudad del puente y los cortados señorea dorados campos de cereal y montañas con toques polvorientos. En la población hay un museo de bandoleros y solo sus nombres son en sí mismos leyendas. Tragabuches, Pasos Largos, el Tempranillo, Candelas. Por el camino de Ronda van a pasar al galope en cualquier momento los "Siete niños de Ecija". Pero no pasan o al menos en la instantánea no han salido.



EL GORRIÓN DE BOABDIL

En el patio de los Leones se hacen la misma foto mil turistas a la hora. No se oye ni la fuente y Boabdil hubiera corrido despavorido y sin suspiros hacia el exilio si en vez de las mesnadas del Gran Cardenal Mendoza le hubieran asaltado estas abigarradas oleadas de humanidad y este babel de acentos y lenguas.

Pero tal vez Boabdil se hubiera quedado hasta ver volar a los gorriones que han anidado entre la filigrana de la pared de su palacio. Sobre la ojiva de la puerta, en el recoveco del arabesco, cobijado en una sura del Coran, el gorrión ha hecho su nido y ahora sus pajarillos ya casi volanderos sacan sus cabecillas, aletean ansiosos y abren sus picos ribeteados de amarillo exigiendo una ceja tras otra. Llegan presurosos los padres, ajenos al trasiego humano, y



si por un momento baja el tono de las voces se oye su piar y el de sus crías. Ese sonido y el del agua serían, entre

todos los que ahora se oyen en la Alhambra, los únicos que hubieran conseguido consolar a Boabdil. ■